

ARQUITECTURA RURAL DE LA VEGA DE GRAN CANARIA



Una típica casa rural de Gran Canaria, con balconada corrida a toda fachada, en la Vega de Santa Brígida.

La arquitectura rural de Gran Canaria ofrece las mismas características en todas las zonas campesinas de la isla. No es apropiado, por lo tanto, hablar de una arquitectura definida perteneciente en exclusiva a una u otra zona insular. Sin embargo, con un afán descriptivo, literario y gráfico, nos ha parecido de interés ofrecer, junto a las características generales del tipo de construcción rural, detalles concretos de la edificación campesina conservada actualmente en diferentes comarcas y partes de Gran Canaria. Iniciamos hoy estas descripciones refiriéndonos a una bella comarca del noroeste-centro de la isla: la Vega.

Tradicionalmente, la Vega (Santa Brígida, San Mateo) constituyó una amable zona agrícola, dedicada fundamentalmente a frutales y hortalizas.

De antiguo iban a pasar allí los veranos hacendados residentes en la capital, propietarios de casas solariegas y buenas tierras en esta comarca. En el siglo XVIII, Pedro Agustín del Castillo nos hablaba del lugar como “sitio alegre, fresco y ameno; todo poblado de viñas, árboles frutales de todos géneros, y de sembrados; carnes, casas de conejos, perdices y palomas; de todas las conveniencias para los continuados recreos los veranos, por lo que, siendo los dueños de las heredades vecinos de la Ciudad, se retiran a él para gozar de las frescuras de sus perennes arroyos y fuentes”.

A mitad del XVII, habitaban la Vega unas dos mil personas. En el siglo siguiente, unas tres mil. En la comarca servían al culto seis ermitas; de dos de ellas tomaron su nombre los

pueblos de Santa Brígida y San Mateo. Viera y Clavijo nos habla de una “vega deliciosa por las viñas y haciendas de varios vecinos de la ciudad que pasan allí los otoños. Tiene muchos árboles que llevan singulares frutos. Las aguas son muy buenas. Compónese la jurisdicción de 3.431 personas, de las cuales viven muchas en los pagos del Monte, La Atalaya, Las Cuevas, Las Goteras, Satautejo, La Angostura, Los Silos, Lomo Espino, Pino Santo, El Gamonal, Vega Baja, Lugarejo, Vega Alta, Bodeguilla, Higuera, Los Chorros, Utiaca, Ariñes, La Lechuza, La Caldera, Lagunetas”.

La antesala de la comarca era el antiguo Monte Lentiscal, que, tras intentos de repoblación a finales del siglo XVIII, desapareció definitivamente a comienzos del XIX, repar-



San Mateo

tiéndose en datas la antigua superficie forestal y comunal, que se transformó en terrenos cultivados de propiedad privada. Pasado el Monte, San José de las Vegas nos abre el más agradable paisaje, pleno de verdura, coronado en el horizonte por la majestuosa silueta de las cumbres. La población de estos lugares formaba parte de un diseminado rural con pequeños núcleos en las localidades de Santa Brígida y San Mateo. Hasta hace un cuarto de siglo constituía un lindo paisaje humanizado, con un carácter agrícola y, al propio tiempo, residencial. En los últimos decenios la urbanización desordenada e incontrolada ha roto la belleza de estos parajes y ha eliminado lo más pintoresco de sus antiguas características.

La arquitectura rural de la comarca tiene la sencillez de la edificación campesina grancanaria: casa de planta rectangular, de uno o dos pisos, generalmente lo segundo; el techo, de tejas con cubierta a dos aguas; frontis lisos, con disposición vertical de los huecos (puertas y ventanas) afirmados a veces con un marco rectilíneo de cantería; en la típica casa de dos plantas es común la balconada corrida a toda fachada confeccionada en madera, sustentándose el corredor sobre columnas del mismo material que se levantan desde el nivel del suelo. La balconada es la única complejidad ornamental que presenta este género de edificación y se corresponde siempre con la entrada y fachada principal de la casa. El techo de la balconada lo forma la prolongación del

tejado de la casa, que se apoya en las columnas de madera. El material utilizado para la construcción lo integran la piedra y el barro o adobe, que forma gruesos muros protectores del frío y el calor; la madera, tanto de las vigas del techo, como de la balconada exterior suele ser tea. El interior de la casa ofrece variaciones, según las dimensiones de aquélla y el rango socioeconómico de sus propietarios. Las haciendas poseen amplias dependencias para almacenar los granos y buenas bodegas, así como sitios propios para guardar los aperos de la labranza. En cambio, las viviendas más reducidas apenas tienen dependencias para dormitorio y cocina, aunque siempre haya un lugar para las cosas relacionadas con la faena agrícola.

El interior de los techos deja a la vista las tablas de tea, cuidadosamente colocadas, o bien el típico "tillado" de cañas.

La casa de doña Teresa Santana, en la vega de Santa Brígida, es una construcción característica de esta arquitectura campesina. Edificada de dos plantas ofrece balconada o corredor a toda fachada, con antepecho de balaustres. Esta podría ser una típica casa rural de los siglos XVIII y XIX. El techo de las habitaciones de su planta baja es de tilla. Como resultado de divisiones testamentarias, la casa tiene hoy cuatro propietarios, uno de los cuales es un transmarino, un isleño emigrado a Cuba hace muchos años. Otro es la mencionada doña Teresa, señora de avanzada edad, que nos dijo haber habitado la casa durante toda su vida. En la actualidad esta casa ha sido parcialmente restaurada, renovándose una parte de su tejado. La foto que ofrecemos es anterior a la reforma.

Balconada corrida tienen también las llamadas casas de los Suárez en Pino Santo, tres viviendas de dimensiones más reducidas que la anterior, que poseen pequeños patios ante su entrada. Las tres tienen, igualmente, los típicos rasgos de la vivienda rural de dos plantas.

En el principio de la carretera a Pino Santo alto la casa de don Pedro Marrero, que perteneció a don Rafael Castro Caubín, es una amplia casona con varias alas construidas posiblemente en diferentes épocas. Se dice que en un tiempo sirvió como cuartel de milicias, si bien hay que hacer constar, en relación con la veracidad de tal supuesto, que las milicias



Casa de don Pedro Marrero, Santa Brígida



El Palmeral (Sta. Brígida)

canarias nunca tuvieron sede en esta zona. La parte más interesante está presidida por la típica balconada de tea, desde la que se accede en la planta alta a un amplio salón con piso y techo de la misma madera. Este último respeta en el interior la forma del tejado. En la planta baja cuenta

con bodega y granero. En esta casa trabajaron los maestros Pacho García y Juan Felipe, de la Milagrosa. En la actualidad es objeto de restauración y reformas. Frente a esta se hallaba la llamada Casa de Pastor, hoy sustituida por una reciente construcción hecha con decoro, pero que no puede

aportar la autenticidad y la pátina de la antigua.

Otro buen ejemplo de casona solariega es la que vio nacer el pintor Nicolás Massieu, en la Angostura, en los márgenes del Guinguada. Y no muy lejos de ésta, en el lugar conocido por La Palmas, hay otra casona de interés, adquirida por don Nicolás Díaz Saavedra y actualmente sometida a ciertas reformas.

En las inmediaciones del casco urbano de Santa Brígida uno de los cuerpos de una casa, hoy deshabitada, se halla presidido de un pequeño balcón. Junto a ella, por el camino del Palmeral se encuentra una amplia edificación rural, reformada y ampliada modernamente. En esta zona se encuentran otras casas, entre ellas la de don Juan Santana Ramos, junto a la carretera del Centro, y la de los señores Déniz, en dirección a las Meleguinas, ambas con balconadas parcialmente cerradas.

En el Monte, en la zona de San Mateo y en otros parajes de la comarca pervive la edificación rural, alterando con chalèts o con los lamentables "cajones" que por doquier se han ido construyendo. De San Mateo

Escalera y balcón en la casa de D. Pedro Marrero

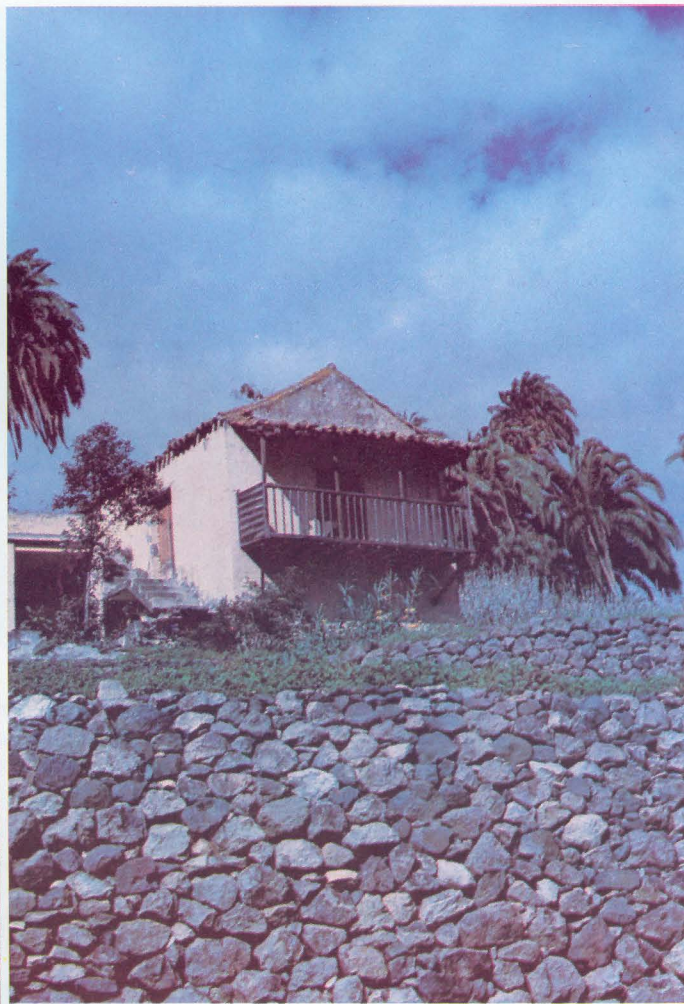


Casas de los Suarez, en Pino Santo.





Casa donde nació el pintor Nicolas Massieu, en la Angostura



Balcón pequeño en una casa del Palmeral, Santa Brígida

hemos recogido aquí una casa en cuya balconada se han colocado materiales ajenos a los acostumbrados. En fin, la edificación rural es hoy en esta comarca una muestra aún viva de otros

tiempos, que ha ido recediendo con el paso de los años. La ausencia de una ordenación urbanística y territorial en estos lugares, al igual que en el resto de la isla, ha jugado en contra, por

supuesto, de aquella pintoresca y agradable simbiosis que protagonizaba la típica casa rural canaria inserta en el bello paisaje de las medianías. Evidentemente, y teniendo presente incluso consideraciones de presión demográfica, nuestros antepasados acreditaban una comprensión de la naturaleza y un sentido de la armonía más inteligente y sensible que la mayoría de las gentes de hoy. La típica casa canaria —situada, por supuesto, dentro de las invariantes de la arquitectura rural hispana— es, ni más ni menos, que una expresión de ese sentido de la armonía y de lo natural que imperó aquí en otros tiempos.

Textos y fotos:

Alfredo HERRERA PIQUE



Balaustrada en la casa de doña Teresa Santana